

un conocedor del alma de los pueblos de Indoamérica y rindiendo simpatía al espíritu que anima la obra de Céspedes en lenguaje coloreado y rumoroso como un paisaje sureño, en cuyas descripciones Latorre es maestro.—MILTON ROSSEL.



DIAS DE DESPRECIO, por *André Malraux*.

«Días de Desprecio» es la última obra vertida al castellano del escritor francés André Malraux, autor de «La Condición Humana».

«Días de Desprecio» es un sello más en la implacable certidumbre de que todo afán por crear una literatura al servicio de las ideas sociales, que todo deseo de convertir a las bellas letras en mera propaganda, son fútiles afán y deseo.

El asunto de «Días de Desprecio» es asaz sencillo: un comunista, Kessner, es preso por los nazis que desearían matarlo; pero al fin tienen que entregarlo, que devolverlo a la libertad, porque otro tomó el nombre del «leader» y asumió su responsabilidad. Kessner, libre, escapa de Alemania y va a reunirse con su mujer, que reside en Praga.

He aquí todo. Sobre ese delgado canevá, pretende Malraux bordar su tema político, su propaganda, y no sólo no lo consigue, sino que, por el contrario, el libro, aunque obra de un escritor insospechablemente comunista, se torna anticomunista. Justamente el sentimiento, la voluntad contra el comunismo, nacen de aquella parte del relato en que el autor no quiso hacer propaganda, esto es, brotan a pesar del autor, son una existencia que se sobrepone a la intención, al propósito del autor.

Los primeros capítulos, aquéllos que están dedicados a la reclusión y a la tortura de Kessner, llevan una sola dirección: presentar a los nazis como monstruos de crueldad, revolcarlos

en el asco y la censura. Esa es la propaganda, ésa es la voluntad de Malraux.

Pero esa voluntad, clara, consciente, a flor de frase, fracasada, porque junto al propagandista se mueve el artista y éste, inevitable, fatalmente, triunfa sobre aquél. En efecto, la crueldad, la barbarie de la policía nazi se apaga, se opaca junto al proceso psíquico de Kessner encarcelado, que casi roza la locura, que toca ya la locura.

Es en este proceso psíquico en donde saltan, como chispas en la penumbra, las acotaciones de los valores humanos, es en él que todo valor proselitista desaparece, porque Kessner es ya un hombre, un hombre estrujado por el dolor y por la angustia, no un comunista prisionero, no una víctima de los nazis. Eso se olvida, eso se opaca y no queda sino Kessner humano, dolorido, universalmente humano.

Se oye y se siente fluir desde el corazón de la angustia y del dolor a un hombre que tiene un sufrimiento enorme, un sufrimiento que no necesita ser el de un comunista para ser grande. Y el lector, línea a línea, página a página, olvida que Kessner es comunista y desprecia aquellos sectores de la prosa en que se hace propaganda contra el nazismo. Así queda desnudo y fuerte el valor artístico de la obra sobre la humillada propaganda.

En cuanto a la parte en que Kessner es puesto en libertad, no puede ser más adversa al comunismo, o, más exactamente, a los comunistas. Alguien ha tomado su nombre, alguien ha aceptado sacrificarse para que él vuelva a la libertad y a la lucha. Kessner apenas duda un segundo; sin remordimiento, con un frío egoísmo, con un desprecio absoluto para el sacrificio de aquél que va a quedar en la cárcel para ser torturado y muerto, se lanza a la libertad, regresa a ella con el ánimo contento del que vuelve de un viaje de negocios. Piensa en su esposa, piensa cosas triviales, de pequeño burgués engreído con la vida.

Ese es Kessner, por ese hombre, otro va a padecer; por éste que recuerda a Ana con sus ojos claros y su cara un poco amula-

tada, la nobleza de otro va a ser desgarrada en golpes y sangre. Y es un «leader». Kessner es un «leader». Su perfil moral se llena de protuberancias repulsivas.

El «meetin» antifascista en Lucerna, después de la primera búsqueda inútil de Ana, también quiere ser, desde la intención del escritor, propaganda antifascista; pero de él no queda sino aquella madre que puesta ante la muchedumbre balbucea la pérdida de su hijo, una madre como lo son todas, desgarradoras y triviales. Ella enciende su luz en las páginas del «meetin» y todo lo demás queda a oscuras.

Por último, el reencuentro en Praga; La escena es completamente doméstica y sentimental. La alegría y la emoción del comunista completamente, humanamente egoístas.

Así concluye la obra. Las dosis de propaganda que el autor desliza, o se pierden o embarazan el curso del relato, el valor del relato. Y en todo momento se ve al propagandista ajado, marchito, junto al artista, turgente y tenso.

«Días de Desprecio» y lo mismo pudiera decirse de «La Condición Humana», es una prueba, la última, que da la literatura francesa de que el arte, por su nobleza, por su rango, no puede convertirse en instrumento de propaganda.

En toda obra de arte que aspira a ser obra de propaganda, panfleto o manifiesto, el arte y la propaganda se separan como el aceite y el agua. Es un imposible matrimonio el del arte con la propaganda. Ni la sinceridad ni el talento, porque Malraux es sincero y talentoso, pueden servir de tabla de salvamento. La obra disminuye, empequeñece, y sólo queda de ella la parte artística.

Como que la propaganda es siempre, inevitablemente, algo formal y externo, en tanto que el arte es contenido, intimidad, profundidad. Si en ocasiones el arte hace propaganda, es sin la voluntad del autor, es tan sólo porque dentro de la obra palpitan y se mueven valores humanos capaces de arrastrar al

hombre por el camino de la emoción, no por el de la incitación, ni por el del convencimiento.

Entre arte y propaganda hay una relación semejante a la que existe entre emoción y razón. La emoción es esencia y la razón envoltura, exterioridad. Por eso tiene más fuerza persuasiva la emoción que la razón y es un hecho, banal tan sabido, que a través de la historia los hombres han sido agitados por la emoción, no por la razón.

Ahora bien, la propaganda es siempre propaganda de algo que se quiere lograr en la práctica, en el exterior, en la vida objetiva y no íntima del hombre. Por eso su antecedente necesario es la razón. No puede hacerse propaganda sin razonar previamente acerca de sus resultados, de los medios adecuados para llevarla a cabo, sin representarse los resultados a fuerza de cálculo, no de intuición.

El arte propaganda es una superstición, un embuste, no ha existido ni podrá existir jamás. «Días de Desprecio», de Malraux lo ha dicho últimamente.—RUBÉN SALAZAR MALLEN.